

El á lo mas insigne se convierte,
Como superior en elecciones,
Y así tomó por generosa suerte
Añasco toda la de los yalcones:
Ministro presuroso de su muerte,
Contra las filiales intenciones,
Pues cuanto mas del hijo fué querido,
Tanto del padre mas aborrecido.

Ofrecióse, después desto que digo,
Añasco ir al pueblo popayano
Para buscar de gente mas abrigo
Con que hacer aquel terreno llano.
Al hijo del señor llevó consigo,
Que nunca lo dejaba de su mano,
Ni el mozo mismo tal apetecía,
A causa del amor que le tenía.

Juan del Rio quedó por su teniente,
Hombre de valerosas cualidades.
A Popayán llegaron finalmente,
Camino de cien mil dificultades:
En la ciudad halló nuevo regente,
Cosas modernas, grandes novedades,
Las cuales de presente yo no pinto,
Mas pintarélas en el canto quinto.

CANTO QUINTO.

Donde se cuenta cómo Lorenzo de Aldana vino á Popayán por mandado del marqués don Francisco Pizarro y con provisiones suyas para tomar en sí el gobierno de Popayán y sus anejos.

En tiempo que del hilo de esperanza
Humano corazón está pendiente
En medio de temor y confianza
Incierta, por algún inconveniente,
Suele ser congojosa la tardanza
A quien de tal ardor está doliente,
Y tanto mas aquejan los ardores
Cuanto las causas dellos son mayores.

Ansí Pizarro, como no tenía
Nuevas algunas de descubrimientos
Que en su nombre Benalcázar hacia,
Y habían de venille por momentos,
Vista la gran tardanza, presumía
Que debía tener nuevos intentos;
Y la sospecha de mudar costumbre
No le causaba poca pesadumbre.

Aquesta presuncion, que no fué vana,
Según atrás habemos relatado,
Comunicó con Lorenzo de Aldana,
Hombre de quien vivía confiado;
Y respondióle que de buena gana,
Si le quisiere dar aquel cuidado,
A Popayán irá, do con buen celo
A la verdad podrá quitar el velo.

Gusto le dieron estos pareceres,
Dándole gracias por la tal oferta;
Y así le concedió largos poderes
Y para todo comision abierta,
Según que piden tales menesteres;
Mas en un caso le cerró la puerta,
Y es que, constando su leal abono,
Quedase Benalcázar en su trono.

Efectuóse presto la jornada
A las provincias de aquel hemisferio,
Cuya gente quedó maravillada
Y luego sospechó traer imperio,
Juzgando que persona señalada
No hizo su venida sin misterio;
La cual, puesto que no faltó recuesta,
A ninguno la hizo manifiesta.

Solo les dice cómo saber quiere,
Pues con tanto hervor se le pregunta,
Si vive Benalcázar ó si muere,
O qué de sus conceptos se barrunta,
Para quel pecho del marqués se entere
De lo que pasa, por estar defunta
En su noticia, la que va buscando,
Como si della no tuviese mando.

Entendida la cifra y el lenguaje,
Juan de Ampudia le dió razon bastante
De las penalidades del viaje,
Como quien fué del mismo caminante
Y dónde lo dejó, y en qué paraje,
Con intenciones de pasar delante
Por la noticia próspera que lleva
De que siempre hallaba buena nueva.

Estúvose suspenso y en espera,
Sin mas alteracion ni movimiento,
Por ver si Benalcázar respondiera,
O mensajeros por su mandamiento.
En este tiempo vino Juan Cabrera
A deshacer aquel encantamiento;
Y como supo ser ciertos los toros,
Cesaron los respetos y decoros.

Notificó despachos competentes
A todos los cabildos y concejos,
Y puso de su mano los tenientes,
Aunque mudó después estos consejos;
Pues viéndolos leales y obedientes
Se volvieron las varas á los viejos
Por el rey y el marqués, por quien fué cierto
Haber el Benalcázar descubierta.

Dadas en el gobierno las razones
Que parecían ser mas convincentes,
El Añasco llegó de los yalcones,
Con quien tuvo los mismos accidentes;
Mas luego se dió nuevas comisiones
Y le llegó buen número de gentes
Por el rey y el marqués, dándole cargo,
Grandes favores y poder mas largo.

Estúvose por algún tiempo quedo,
No punto que podamos llamar vago,
Y entonces envió á George Robledo
A poblar en Encerina y en Cartago
Y en Antioquia, pero decir puedo
Que debió ser aquel día aciago,
Pues ambiciones, si se bien advierte,
Fueron las alcabuetas de su muerte.

De las cuales ya hice breve suma
En otra que no fué menor historia,
Y así no será justo que consuma
Tanto papel en cosa que es notoria:
Bastará de presente que mi pluma
Refresque deste hecho la memoria,
Pues pretendió que los pueblos poblados
Por él, le fuesen en gobierno dados.

Mas no salió con estas intenciones,
Y fué solicitud desvanecida,
Por la cual y por otras ocasiones
El Benalcázar le quitó la vida;
Y así quiero volver á dar razones
Antes que del Aldana me despida,
Cómo se conservó con gran prudencia
El tiempo que allí hizo residencia.

Dado pues orden, cual se representa
E yo con brevedad posible narro,
A Pirú se volvió para dar cuenta
De los sucesos al marqués Pizarro,
Donde tenía generosa renta
Y era de los aurigas de aquel carro,
Pero no siempre con tan justa vida
Que en algo no saliese de medida.

Añasco se volvió con buen recado
A ver de Timaná los señoríos,
De treinta caballeros rodeado,
Cursados en ausonios desafíos;
Juan de Orozco y Arias Maldonado,
A quien yo tuve por amigos míos,
Fueron también en esta coyuntura,
Para Pedro de Añasco mas que dura.

Porque como se viesse con mejora
De buenos hombres y demás posible,
En cobrar los tributos y demora
Los aquejaba con ardor terrible;
Y el venir á servir á punto y hora,
Por pecho lo tenían insufrible,
No queriendo con su bestial linaje,
Reconocer á nadie vasallaje.

No les pone temor el estandarte
Aumentado de gente castellana:
Todos al fin andaban de mal arte
E ya servían muy de mala gana,
Para lo cual no fué pequeña parte
Una india llamada la Gaitana,
O fuese nombre proprio manifiesto,
O que por españoles fuese puesto.

En aquella cercana serranía
Era señora de las mas potentes,
Y por toda la tierra se tendía
Gran fuerza de sus deudos y parientes.
Viuda regalada que tenía
Un hijo que mandaba muchas gentes,
Al cual por no acudir como vasallo
Añasco procuró de castigallo.

Salió de Timaná con este pio,
A caballo con él veinte y un hombre,
Entrellos iba Baltasar del Rio
Y el primo Añasco de su mismo nombre;
E ya como dos leguas de desvío,
Agüero no faltó que los asombre;
El hijo de Piganza va con ellos
No menos que quien va por los cabellos.

Sucedió quel caballo do camina
El capitán Añasco, se recela
Donde no van ocasion vecina
Que para retardarse le compela:
Si le metía hierro, mas se empina
Y nada se le da por el espuela,
Aunque nunca jamás dió tal molestia,
Antes tuvo valor mas que de bestia.

Viendo que no podía, según nuestro,
Hacello proceder donde repara,
Bajóse para lo llevar del diestro;
Creuyendo todos ellos que bastara,
Tiraban á porfia del cabestro,
Dándole por detras con una vara;
Mas la solicitud no fué bastante
Para que lo pasasen adelante.

Ponen otros caballos á su frente
Para lo convidar por esta via,
Y aunque no lo hallaban diferente,
Tanto pudieron palos y porfia,
Que pasó con los otros juntamente
Del lugar llano do se detenía:
En él subió, hallándolo tan bueno
Como después que supo tener freno.

Del suceso nacieron ocasiones
Por donde muchos destos compañeros
Pronosticaban con murmuraciones
Malos y desastrados paraderos.
El dijo: «No mireis en abusiones,
Pues todos sois cristianos caballeros,
Que no es el asna de Balam aquesta
Para que hagais della tanta fiesta.»

» Menos es mi caballo semejante
A Bucéfalo, Cyllaro ni Lamo,
Ni aun Eon, el caballo de Pallante,
De curso mas veloce que de gamo,
Cuyo lloro fué grande y abundante
Sobre la sepultura de su amo;
Ni el de Diomedes, que si bien advierto,
Con hambre se mató, su dueño muerto.

» Conozco que de brutos animales
Tomaron documento los terrenos
Para reconocer los temporales
Si son tempestuosos ó serenos;
Mas en aquestas cosas especiales
De las pronosticar están adivinos,
Y quien por bestias casos adivina
En los mas atinados desatina.

» Y revelárenos desta manera
Algunos males, no somos tan santos,
Ni semejante caso sucediera
En uno solo donde vienen tantos,
Pues todos recelaran la carrera
Y también padecieran sus espantos:
¿Qué será pues en uno sin los otros,
Sino mañas que suelen tener potros?»

Con esta práctica, mas ampliada
De lo que manifiestan mis razones,
Hicieron aquel día su jornada;
En los principios de las poblaciones
Hallaron mucha gente retirada
Y los demás con tibias intenciones
Llamaron otro día de mañana
Al hijo principal de la Gaitana.

Vuelven los mensajeros aquel día
Al declinar el sol al occidente,
Y preguntándoles qué respondía,
Dijeron no querer distintamente:
Añasco, capitán, por él envía
A su primo con guias y con gente,
Para que lo salteen en el sueño
Y lo traigan á ver su nuevo dueño.

A la hora que llaman intempesta
Hizo con seis ó siete su partida:
Obscuridad inmensa los molesta,
Mas alguno por ella tuvo vida,
Pues Añasco rodó por una cuesta
Y un brazo se quebró de la caída:
A todos causó pena la desgracia,
Que para su salud fué mas que gracia.

Como se lastimase malamente,
Sin pasar adelante le convino
Volverse do quedaba su pariente,
Pero los otros fueron su camino
Y prendieron al indio delincuente,
Si tal nombre merece de condino:
Mas si se fulminara por escrito
Muy tolerable era su delito.

De su reposo lo sacaron fuera
Con todas las acciones afrentosas.
A punto se llevaba la collera,
Puestas ni mas ni menos las esposas,
Vió finalmente la presencia fiera
De quien presto hará peores cosas:
Al hijo sigue la mujer viuda
Sin acordarse de pedir ayuda.

Nunca creyó tan ásperos sucesos
Al tiempo de tomalle residencia,
Por ser de los actores los escesos
Y del reo las culpas inocencia:
En la uña hicieron los procesos,
Y dióse vocalmente la sentencia:
Que muera hecho brasas y ceniza
Mandó, cuyo rigor escandaliza.

Pertinaces en este mal motivo,
Juntóse luego cantidad de rama,
Traen después al misero captivo
En presencia de aquella que lo ama.
De fuscos humos rodeado vivo
Su vida consumió la viva llama;
Y ya podeis sentir qué sentiría
La miserable madre que lo via.

Decía: «Hijo mio! cuán incierta
Es á los confiados confianza!
» Para cuántas borrascas abre puerta
Un brevecillo rato de bonanza!
Hijo, que sin tu vida quedo muerta,
Mas no lo quedará para venganza:
Bien puedo yo morir, pero tus penas
De pagármelas han con las septenas.»

Con esto se partió dando clamores
Todas las horas sin cerrar la boca:
Los extremos que hace son mayores,
Y de mas furia que de mujer loca;
A todos los caciques y señores
Se queja, y á venganza los provoca,
Hasta tanto que ya ganó los votos
De los cercanos y de los remotos.

Uno tan solamente le faltaba
Para dar conclusión á sus andenes:
Este era Pigoanza que abundaba,
De gentes atrevidas y de bienes,
Mas una cosa la desconfiaba,
Y es el hijo que tienen en rehenes:
Pero después diré que á su gemido
También este señor quedó rendido.

Volvamos al Añasco, que tenía,
Segun la confianza de su pecho,
Por una señalada valentía
Lo que tan sin razón había hecho,
Y que toda la tierra temblaría
Para sacarse della mas provecho;
Pero presto verá ser un engaño
Que trocó los provechos en gran daño.

Porque la vanidad y la malicia
Segun su propiedad el dejó tiene,
Y los ojos con velo de cudicia
No siempre miran lo que les conviene:
Añasco pues con esta injusticia,
Para correr la tierra se previene,
Y al primo le mandó que se tornase
A Timaná para que se curase.

El, sin temor de guerra ni recuento,
Con diez y ocho solos á su lado,
Se metió mucho mas la tierra adentro,
Del rehén que tenía confiado:
Asentó luego toldos en el centro
Y comedio de lo mejor poblado,
Pero la tierra tal y tan fragosa,
Que no se vido semejante cosa.

En toda la distancia comarcana,
Con ser culturas como de jardines,
Ningun espacio ven de tierra llana
Do se puedan valer de los rocines;
Pero hasta que vino la Gaitana
Quietos estuvieron los confines,
Y acudían algunos naturales
Con dones y pacíficas señales.

Puestos los nuestros en aquel paraje,
Al señor de la tierra, Pigoanza,
Hizo Pedro de Añasco su mensaje,
Mandándole que venga sin tardanza
Para reconocelle vasallaje,
Y acudille también con la pitanza
Lo mismo se le ruega por su hijo,
Con hartío mas pesar que regocijo.

Nunca quiso cumplir sus mandamientos
Ni los ruegos del hijo detenido:
Pesos de oro le envió seiscientos,
Y de criados número crecido,
Que le hicieron buenos aposentos
Donde pudiese ser mejor servido;
Pero pronto verá tales halagos
Ser vispera de días aciagos.

Porque él estaba ya mal indignado
Desde que supo cuán atrocemente
Mataron al mancebo desdichado,
A quien reconocía por pariente:
Hízolo luego mas acelerado
La que su madre fue, que mas lo siente,
La cual con otras dueñas tan ancianas
Allí llegó mesándose las canas.

Ronca la voz, los ojos hechos fuentes,
Turbada, despulsada y amarilla,
La voz apenas saca de los dientes,
Despedazada cada cual mejilla,
Diciendo: «Deudos míos y parientes,
Muévanos mis desdichas á mancilla:
A tí mas que á ninguno, Pigoanza,
Competen los rigores de venganza.»

«A tí me quejo, y el favor invoco
Con que mi gran agravio se castigue,
Pues nuestro parentesco no es tan poco.
Que por muchas razones no te obligue
A refrenar la furia deste loco
Que á tí y á mí y á todos nos persigue,
Con cuyos vientos vamos navegando,
Y en un mismo navio naufragando.»

«Comun y general es la tormenta:
Nadie desta fortuna se reserva;
Truécanse los honores en afrenta,
La noble libertad se hace sierva;
Quien tal calamidad experimenta
Busque la verdadera contrayerba
Que deste mal es único remedio,
Quitándolos a todos de por medio.»

«De la mujer, del hijo, del marido
Se sirven, y los tienen por despojos;
Y no pequeña parte te ha cabido
De la continuacion destes enojos,
Pues tienen con engaños detenido
Al hijo que es la lumbré de tus ojos:
No lo goza su deseosa madre,
Ni le consienten ir á ver su padre.»

«Aquel origen triste de mi llanto,
Hijo mio, dolor de mis entrañas,
Quemaron vivo por poner espanto
A nuestras gentes y á las mas estrañas:
De tí sé que harían otro tanto:
Tales son sus cautelas y sus mañas;
Mira por tí, pues ellos son de arte
Que será menester anticiparte.»

«Bien hace quien de tal golpe se escuda,
Y huye de mojarse cuando llueve;
A nuestra causa la razón ayuda,
Y la ventura va con quien se atreve;
De la victoria nuestra no se duda
Ni de pagar su deuda quien la debe;
Bien sabes que será juicio vano
Soltar las ocasiones de la mano.»

«A quien fué causa de mi desventura,
Junto lo tienes y aun te hace cocos:
Es cómodo lugar, gran angostura,
Los tuyos muchos, y los suyos pocos,
Nunca mejor sazón y coyuntura
Para que nadie quede destes locos;
Dad en los que los hados amonestan,
Porque después dareis en los que restan.»

«Este propósito tiene Pirama;
Guanaca quiere questo se concluya;
Los Paeces que acuden á la trama
Tu determinacion es propia suya;
En todo cuanto Timaná se llama
No resta voluntad mas que la tuya:
En guerra que desean tantos buenos
No tienen los yalcones de ser menos.»

«Mira, señor, la general fatiga,
El miserable pueblo cómo anda,
La justísima causa que te obliga
A querer aceptar esta demanda,
Pues eres general en esta liga
Do van tantos caciques de tu banda:
Cuento les ordenares harán luego,
E yo de parte suya te lo ruego.»

Semejantes palabras le decía
La bárbara cruel para su hecho;
Con mal de corazón se amortecía:
Por ventura sería contrahecho;
Mas al fin alteraba y encendía
El rústico, feroz y bravo pecho,
El cual en regalalla se desvela,
Y con tales palabras la consuela:

«Pésame de te ver tan lastimada
Y el venerable rostro hecho piezas:
La vida no podrá ser restaurada
Con cuantos hombres y armas aderezas;
Mas yo te la daré tan bien vengada
Que recibas por una cien cabezas,
Y de pellejos de tus adversarios
Verás poblados estos santuarios.»

«A questo te promete Pigoanza
Para satisfacer á tu querrela;
Y huélgome que pidas la venganza
A quien no se hallaba fuera della,
Pues en estos y en los de mas pujanza
Había de bebella ó de vertella:
Mitiga tus dolores si pudieres,
Cierto de que haré cuanto quisieres.»

Al punto despacharon mensajeros
Para sus capitanes obedientes:
Los de Pigoanza fueron los primeros;
Mas de seis mil cursados combatientes
Serían, validísimos guerreros;
Muy pocos menos de las otras gentes
Que meneaban procelosas ondas
De macanas, de flechas, lanzas, hondas.

«¿Qué borrasca mayor ó batería
Pudieran dar las ondas de Neptuno?
¿Qué fuerza, qué vigor, qué valentía
Saliera de rigor tan importuno?
Siendo pura verdad que combatía
Contra mas de seiscientos cada uno,
Y en lugar cuyo mas llano repecho
Era para caballos sin provecho.»

Bastara la primer arremetida
De tantos capitanes y vasallos,
Para que la creciente y avenida
Pudiera consumillos y anegallos,
Aunque fuera la copia mas crecida
De diestros españoles y caballos;
Pues raras veces pocos temerarios
Desbaratan gran fuerza de contrarios.

El propósito duro y el concierto
Al noble mozo hijo de Pigoanza
Le fué por ciertas indias descubierta,
Significándole la gran matanza
Que se haría por el indio muerto,
Y cómo se juntaba gran pujanza,
Sin exceptuar ninguno de la tierra
Que fuese conviniendo para guerra.

El mozo con el rostro de difunto
Al Añasco le dijo, y al oreja:
«Acabo de saber en este punto
El gran conflicto que te se apareja:
El poder de la tierra viene junto
Importunado por aquella vieja;
Si no huyes, ello va de suerte
Que yo no tengo duda de tu muerte.»

«Las vidas, mi señor, prendas son ricas:
Perdidas, no se hallan á la mano;
Ruégote por el Dios que me predicas
Ser autor de lo bajo y soberano,
Y esotras cosas que me certificas,
Que luego nos salgamos á lo llano,
Pues la partida que al virir importa
Tanto mejor será cuanto mas corta.»

«En riesgos y peligros tan patentes
Suplicote, señor, que no te tardes:
Que si vosotros pocos sois valientes,
Ningunos de los muchos son cobardes;
Conozco bien sus bravos accidentes,
La determinacion de sus alardes,
Que puestos en estremo semejante
No se les pone cosa por delante.»

Añasco le responde: «Vive ledo,
Y no quieras por esto fatigarte,
Pues para retraerme un solo dedo
El mundo todo no podrá ser parte;
En este sitio con estarme quedo
Han de volver huyendo de mal arte,
Y habrán por bueno viendo su castigo
De no querer burlarse mas conmigo.»

El mozo bueno su razón ataja
Llorando su notorio desatino,
Diciendo: «Señor, mira la ventaja
Que tienen á tu campo peregrino,
Porque todos sereis como la paja
Movida de terrible torbellino,
O flaca llama cuando resplandece
Y en ese mismo punto desaparece.»

No lo pudo vencer con otros ruegos
Demás de los que tengo declarados;
Mas todavía con desasosiegos
El negocio tractó con sus soldados,
Y todos ellos estuvieron ciegos,
Torpes, perplejos, indeterminados,
Hasta tanto que ya rayos solares
Fueron á visitar otros lugares.

Absentes los febeos resplandores
E ya venida la tiniebla fría,
Crecieron las congojas y temores
De los de cristiana compañía:
La mortificación de los calores
Vitales, cada cual en sí sentía,
Con sudor frío por las coyunturas,
Anuncio de sus ciertas desventuras.

No faltaban aullidos entre tanto
De fieras por sus sendas mas estrechas,
Ni las aves nocturnas que con canto
De llores confirmaban las sospechas;
Los buhos conmovidos del espanto
Por cima les cantaban las endechas,
Con otras mas señales que no cuento,
Por quien iba temor en crecimiento.

Ninguno los anima con arenga
Porque á la prontitud temor escede,
Y si comienza cosa que convenga
Que al medio del camino no se quede;
El tiempo breve, la resolucion luenga,
Quisieran dalla, pero nadie puede,
Por no les dar la misera dolencia
Lugar para tener tal advertencia.

Todavía con ánimo valiente
Añasco les mandó que estén alerta,
Y entre lugares repartió su gente,
Que cada cual abría larga puerta;
Y para que muriesen brevemente
No se pudo hacer cosa mas cierta
Que dividir sus pocos combatientes
En partes y lugares diferentes.

«¿Qué hueste de Anibal, ó de Antioco,
O del gran Taburlan ha dividido?
A mí pareceme término loco
Y orden de mercader desvanecido,
Si su posible, siendo caudal poco,
Corre por muchas manos repartido,
Pues para que la suya se consuma,
Basta pasar por una y otra pluma.»

Mucho dura la fabrica trabada,
Mas tiran que uno dos bueyes unidos;
Mal pueden de la mano separada
Ser los restantes miembros socorridos:
Fué cierto cosa desproporcionada
Pocos en muchas partes repartidos,
Porque con menos fuerzas es quebrado
Solo hilo sencillo quel doblado.

Pero cuando prudencia se desvía,
Dase las menos veces en el hito,
Y es una ceguedad de muchas guías,
Segun claro constó deste conflicto,
Cuyo triste suceso yo quería
Poner muy á lo cierto por escrito,
Y porque dél resultan mas rencillas
Habré con canto nuevo de decillas.

CANTO SESTO.

Donde se cuenta cómo vino multitud de indios sobre el capitán Pedro de Añasco, y le mataron la gente que tenía, excepto tres que escaparon mas milagrosa que casualmente, y á él lo tomaron vivo, con otras desgracias que entonces acontecieron.

Seguro y especial salvoconduto
Es en aquesta vida la templanza;
Amargo, duro, pernicioso fruto
Nace de la soberbia confianza;
Quien es en sus antojos resolutivo,
Sin ajustar fiel en la balanza
Ni querer admitir consejo sano,
A trabajoso fin anda cercano.

Bien se conocerá por lo que digo
Ser el Añasco destas condiciones,
Sin consideracion en dar castigo,
Casado siempre con sus opiniones:
Menos tomó consejos del amigo
Para se reservar de puniciones,
Y así Laquésis, rigurosa pareca,
Su vida señaló con breve marca.

Porque ya descubriendo por oriente
La dulce Venus su real corona,
Anunciadora de la roja frente
Del rutilante hijo de Latona,
Llegó la tempestad y la creciente
Que muerte desastrada les pregonó,
Por las tres partes donde hacen vela,
Y á todos fué comun la centinela.